

# A veces prosa El nombre de Germán Arciniegas...

Adolfo Castañón

El nombre de Germán Arciniegas se transmite de generación en generación por los vastos espacios de América, de padres a hijos, de boca en boca, como una contraseña iniciática. Así fue en el caso de mi tribu. Don Jesús Castañón Rodríguez, mi padre, tenía varios libros suyos en casa que habían sobrevivido a mudanzas y préstamos. La caudalosa *Biografía del Caribe* (1945), por ejemplo, no estaba ahí, pues él la había ido prestando y prestando hasta que, un día, el libro desapareció junto con el falso amigo, a pesar de que era una de las obras que él solía citar. Había otras más, como *El estudiante de la mesa redonda* (1932), ese relato novelado de la revuelta estudiantil que tuvo lugar en Córdoba, Argentina, en 1918 y que, como un temblor, tuvo varias réplicas por el cuerpo desmembrado de América. También estaba una edición de la biografía de Américo Vespucci, el polémico libro *Entre la libertad y el miedo* (1952), publicado por Cuadernos Americanos, en México. Precisamente, en esa revista de lomo multicolor fundada por Jesús Silva Herzog y en sus inicios animada por León Felipe, Juan Larrea y Alfonso Reyes vi por primera vez ese nombre de Arciniegas que se le hacía miel en los labios a don Jesús Castañón. Nada de esto hubiese tenido mayor resonancia en mis días si no hubiese aflorado un tejido de casualidades que llegó, poco a poco, a realzar la figura de don Germán, su obra y persona en mi vida y letras.

Los arcos de las coincidencias brotantes en torno a Germán Arciniegas provienen de dos fuentes: ambas de rostro homérico. Una, la de don Jaime García Terrés —helenista, poeta y editor— me recordaba a Agamenón; la otra, la del francés Louis Panabièrre, me hacía pensar en el Ulises que regresa a Ítaca; este profesor supo discernir en la fosforescente

urdimbre tejida por Germán Arciniegas una idea: la de que América abría su cráter innumerable al Caribe —el único país verdadero del continente y, paradójicamente, el único carente de moneda, ayuno de bandera, exento de himno y privado de lengua única, aunque marcado por una profunda, insondable unidad de siete colores.

La primera guía de mi enredadera fue la de don Jaime —ese amigo de Colombia a través del gran Álvaro Mutis, del frondoso García Márquez, del agudo Hugo Latorre Cabral—; García Terrés era hacia fines de los años setenta subdirector del Fondo de Cultura Económica y, si bien había leído a Germán Arciniegas por propia curiosidad, también lo había practicado al socaire entusiasta de su maestro, tutor intelectual y amigo personal, es decir, de Alfonso Reyes, quien lo era también por supuesto del legendario duende andino en cuyos ojos brillaba el basilisco, para evocar aquí al nove-

lista Germán Espinoza. Don García Terrés y Alfonso Reyes, su sombra tutora, me presentaron así otra vertiente de Arciniegas, complementaria de la señalada por mi padre. Arciniegas había abrevado, por supuesto, en los escritos de Reyes, como por ejemplo en los reunidos en *Última Tule*, y compartía con el mexicano esa pasión por el geógrafo florentino, Américo Vespucci: ahí palpaba la vena de la historia como poesía, de la historiografía como magia y de la memoria como celebración del segundo nacimiento del hombre.

A esta vislumbre la complementaba otra: la de la soterrada unidad que rige los tablecos de América en Europa y de Europa en América. Esta ecuación magnificante —lo entiendo ahora— se desplegó a lo largo y a lo ancho de una copiosa bibliografía que consta de medio centenar de libros y de una cascada de artículos que se desborda en más de un millar de escritos.



Germán Arciniegas

Quizás estos datos bastan para explicar por qué, desde 1988, cuando lo conocí personalmente, en una recepción en Bogotá ofrecida por el Fondo de Cultura Económica, me inclinaba hacia este astuto pro-sista, consejero de príncipes vivos y muertos, miembro de una familia de polígrafos americanos que arranca desde don Carlos de Sigüenza y Góngora, toca a Andrés Bello, cala en José María Hostos y Enrique José Varona y desemboca, apenas ayer, en mensajeros y heraldos como Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, José Lezama Lima, Mariano Picón Salas, Rafael Heliodoro Valle y culmina en el travieso, humorístico y enciclopédico Arciniegas. Don Germán humanizaba todo lo que tocaba.

Poco tiempo después de conocerlo en Bogotá, en 1987, le propuse a don Germán que hiciéramos para la editorial una “analecta dinámica” de su obra. La idea, dijo, le gustaba, pero se tardó más de una década en soltar prenda. Así, a lo largo de varios años, tomé la esporádica costumbre de ir a visitarlo a su departamento en la zona norte de Bogotá; cada que iba de viaje a Colombia, me ponía a platicar en principio de la procrastinada antología, pero en realidad —me daba cuenta de ello— iba a que le hablara yo de México, de los escritores que conocía y de los libros que había leído. Toda esa madeja la absorbía el autor de *América y el Nuevo Mundo* (1955). Intempesti-

vamente un día me dijo que ya tenía listo el proyecto. Me dio un nombre y un título. El volumen se llamaría *América Ladina*, y lo tendría que compilar el chestertoniano poeta-crítico Juan Gustavo Cobo Borda, a quien yo, desde luego, conocía. En realidad, Cobo estaba obligado a hacer un delicado trabajo de lectura y a transformar la cirugía editorial en un ejercicio artístico que diera muestra, de un lado, de la idea de América patente y manifiesta en la obra de Arciniegas y, del otro, que pudiera rendir, en lo posible, un muestrario de la prosodia conceptual del calígrafo —y todo esto bajo la mirada vigilante de ese gnomo sonámbulo que recorría los laberintos de la historia y de la memoria americanas sin perder nunca de vista el sentido planetario del continente providencial, pues que don Germán era católico, románico, ecuménico y apostólico, como buen cristiano viejo. Mientras Juan Gustavo hacía su trabajo, yo seguía visitando a don Germán, mirando su escritorio lleno de papeles, atento a la luz del atardecer y a las portadas de su revista *El correo de los Andes* que se apilaban por ahí. A esas alturas, ya éramos medio amigos, un poco como viejos conocidos del barrio, y cada que yo llegaba me preguntaba por mi padre, don Jesús, quien había leído a mediados de los años treinta aquel *Estudiante de la mesa redonda* que es a la par una historia de la educación en América —el continente de los

siete colores— y de sus movimientos civiles y revolucionarios, como esa subversión universitaria verificada en Córdoba, Argentina, en 1918, medio siglo antes que el famoso sesenta y ocho. Una de las últimas veces que vi a don Germán me regaló su libro sobre *Simonetta Vespucci* (1962), dedicado expresamente a mi padre: “Para Jesús, para que vea cómo vivíamos en aquel entonces”. No es fácil describir la felicidad que sembraron esas líneas en el corazón de su distante y fervoroso lector mexicano; ya no lo volví a ver en aquel departamento. La última vez que me topé con él fue en el aeropuerto de la Ciudad de México que Arciniegas recorría —aunque no lo necesitaba realmente— en silla de ruedas mientras esgrimía un bastón como duelista o malabarista.

A esa edad —tenía más de noventa años— ya puede uno divertirse. Lo vi alejarse como un barco iluminado que zarpa hacia lo lejos, mientras recordaba el aliento de una de sus frases: “todo lo mejor de Europa está en América, y para salvar a la una, hay que redimir a la otra”. No me extrañó que, muchos años más tarde, en un encuentro ocasional en la embajada de Brasil en México, García Márquez —quien me trataba traviesamente de “campeón”— me dijera cuánto debía el manejo de su cuenta prosódica al autor de ese oleaje en prosa titulado *Biografía del Caribe*. U



Germán Arciniegas con su madre

